

CRIPTOZOOLOGÍA:

EL ENIGMA DE LAS

CRIATURAS INSÓLITAS

CRIPTOZOOLOGÍA:

EL ENIGMA DE LAS

CRIATURAS INSÓLITAS

Las maravillas y misterios de la zoología.
Los animales más increíbles y el origen de
muchas leyendas.

DANIEL ROJAS



Colección: Investigación Abierta
www.nowtilus.com

Título: Criptozoología: el enigma de las criaturas insólitas
Autor: © Daniel Rojas

© 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubiertas: Ediciones Noufront
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-816-6
Fecha de publicación: marzo 2010

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal: NA-239-2010

A todos los que, para bien,
han formado o forman parte de mi vida.

ÍNDICE

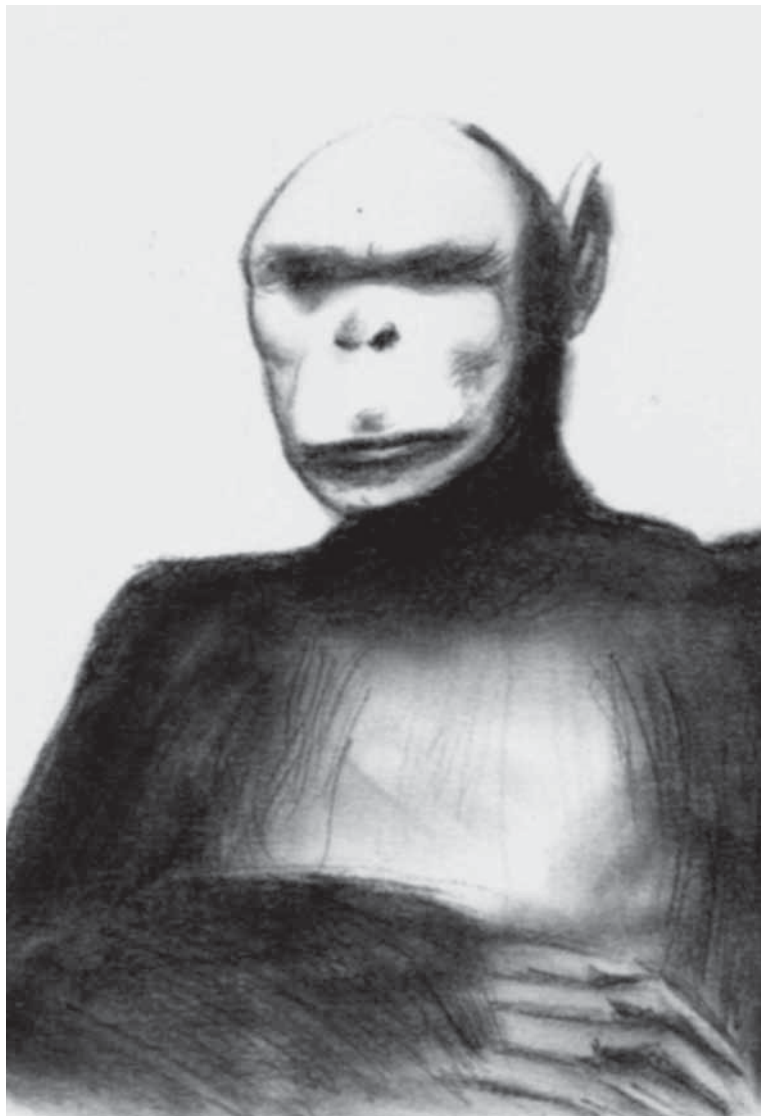
Prólogo	11
Del mar y sus profundidades.....	29
Raras maravillas asiáticas	51
Ocho y diez enormes tentáculos.....	77
El amanecer de los nuevos simios.....	95
La fiebre del oro blanco	113
Aves desmesuradas	133
Serpientes marinas	153
Cánidos Salvajes, grandes felinos y otras fieras	173
Las huellas del pasado	197
Leyendas urbanas y falsificaciones criptozoológicas....	217
Bibliografía	237

PRÓLOGO

La historia de un chimpancé llamado Oliver causó un gran revuelo en los años setenta. Se cuenta que fue capturado en el Congo y adquirido a una temprana edad por dos entrenadores, Frank y Janet Berger, como un chimpancé normal, aunque sus rasgos físicos y su rápida forma de aprendizaje, recibiendo órdenes y ejecutándolas perfectamente, parecían decir lo contrario. Tenía poco pelo, un cráneo pequeño y redondeado, oídos pronunciados y la increíble habilidad de poder andar erguido durante casi todo el tiempo. Aparte de costumbres como sentarse en el sofá con sus criadores para ver la tele mientras tomaba una taza de café o una copa, después de un duro día de trabajo ayudando en las tareas de la casa, lo que más parecido le daba al hombre era su inteligencia y actitud casi humana. Según declararía su cuidadora Janet, era muy pacífico y no le gustaban las escenas violentas que salían en la tele, a lo que respondía golpeando la pantalla. Oliver se sentía atraído sexualmente por las hembras humanas, rechazaba a las

hembras de su especie y a su vez ellas a él, por lo que nunca pudo procrear. En 1975 un abogado de Manhattan llamado Michel Miller, que se había obsesionado con Oliver tras verlo en una revista, se presentó en casa del matrimonio con la intención de llevárselo, lo que le costaría unos ocho mil dólares. Maravillado, el ex abogado invitó a varios científicos a conocerlo, de modo que toda la historia salió a la luz. Una cadena nipona de televisión ofreció a Miller dinero y unos estudios genéticos para aclarar el misterio de Oliver, que finalmente no resolverían. El colmo llegaría cuando una chica japonesa declaró que se ofrecería como pareja del animal, pudiéndose filmar en el acto sexual para estudios científicos. Arrepentido por la lamentable situación en que se encontraba Oliver, enjaulado casi inmóvil, el antiguo abogado lo rescataría dejándolo en manos del adiestrador Ralf Helfer, con la condición de cuidarlo y alejarlo de todo aquello que pudiera hacerle algún mal. Así pasaría sucesivamente de cuidador en cuidador, trabajando en *shows* de televisión, hasta que en 1989 fue revendido a la Buckshire Corporation de Pensilvania, donde de nuevo pasó siete años encerrado en una jaula que ocasionó que se le atrofiaran los músculos.

En 1996 fue rescatado una vez más de los laboratorios y llevado a un refugio para chimpancés donde lo rehabilitaron. En este año se le harían pruebas genéticas en la Universidad de Chicago para determinar el misterio de su físico y carácter. Después de varias pruebas en las que algunos se declinaban por una especie de híbrido, finalmente se concluyó que Oliver era un chimpancé normal, con el mismo número de cromosomas que estos. Por este motivo, Oliver quedó relegado al olvido.



El enigmático y aclamado Oliver.

Aunque muchas de las características que se le atribuían en distintos medios fueran exageradas para aumentar su leyenda, quedaron bastantes interrogantes sobre su conducta casi humana, y estaba claro que, de alguna forma, él no era igual al resto de los chimpancés.

Pero la simpatía de Oliver queda muy lejos de la verdadera imagen de los chimpancés. Son omnívoros y también caníbales, ya que hacen batidas en grupo muy bien organizadas para cazar, e incluso recientemente se han observado ejemplares que utilizaban lanzas para cazar pequeños primates. En el Parque Nacional de Gombe, donde la famosa primatóloga Jane Goodall realizara sus estudios sobre estos simios, las normas prohíben la entrada de niños menores de ocho años. En una ocasión un matrimonio norteamericano descuidó a su hijo pequeño para fotografiar a los chimpancés, momento que aprovechó uno de ellos para atrapar al niño, subirse a un árbol y comérselo. En las últimas décadas se tiene constancia de que, debido a la proximidad de campos de cultivo a sus hábitats naturales, algunos simios han llegado a raptar a los propios hijos de las trabajadoras. Incluso a veces utilizan sus organizados métodos de grupo, mientras unos distraían a los hombres armados, otros se dedicaban a rastrear las zonas cultivadas en busca de cualquier tipo de alimento, ya fuera de origen vegetal, animal o humano. Los chimpancés no son personas aunque a veces lo parezcan, no razonan ni se rigen por una ética o moral como nosotros. Estos casos ocurren porque invadimos su hábitat natural, les estrechamos tanto su mundo que no les queda más remedio que adaptarse al nuestro, en el que encuentran fáciles oportunidades de encontrar alimento.

Pero, por mucho que la fauna se adapte, el progresivo exterminio de sus hábitats termina provocando la extinción de muchas especies. Y si es difícil convencer a la humanidad de lo negativo que resulta que especies de gran tamaño como mamíferos o aves se extingan, imagínense un insecto.

La última vez que se vio con vida a la tijereta de Santa Elena fue en la década de los sesenta. La introducción de roedores, de la *Scolopendra morsitans*, gatos, cabras y otros animales, así como la destrucción de su hábitat causaron su más que probable extinción. La *Labidura herculeana* era la tijereta más grande del mundo, llegando a medir el ejemplar más grande catalogado 7,8 cm. Esta especie endémica tenía un color negro brillante y unas patas rojas, era de hábitos nocturnos y más activa después de las lluvias. Habitaba las zonas secas y áridas de la isla. Fue descubierta por primera vez en 1798 por el danés Johan Christian Fabricius, y se confundió posteriormente con la *Labidura riparia* de menor tamaño. Los últimos en verla fueron los ornitólogos Douglas Dorward y Philip Ashmole cuando buscaban huesos de aves en 1962, y ya en consecutivas expediciones, exactamente en los años 1988, 1993 y 2003, no hubo ni rastro de ella. A pesar de todo, en 2005 los científicos se opusieron a la construcción de un aeropuerto, pues aún tenían esperanzas de que hubiese sobrevivido en algún lugar remoto de esta isla del Atlántico, situada entre los continentes de África y Sudamérica, donde Napoleón Bonaparte pasó sus últimos días de vida al ser arrestado por los ingleses.

Cada día se descubren nuevas especies de insectos y al mismo tiempo otras desaparecen sin haber sido cata-

logadas. Pero lo cierto es que el hallazgo de estos pequeños animales no causa la misma impresión que descubrir especies de mayor tamaño.

Ahora situémonos en la Antártida, donde el deshielo está poniendo en grave peligro a los ecosistemas. Aquí el 90% de las alrededor de trescientas especies de peces son endémicas. Dadas las bajas temperaturas, casi todos los peces contienen anticongelantes en la sangre. Los peces del hielo de la familia *Chaenichthyidae*, sorprendentemente, son los únicos vertebrados que carecen de hemoglobina, pigmento encargado de transportar el oxígeno en la sangre. Para contrarrestar esta pérdida, el oxígeno ya está directamente disuelto en la sangre. En un medio acuático con grandes concentraciones de oxígeno, esta adaptación le permite gastar menos energía y poseer una sangre mas fluida.

El deshielo producido por el calentamiento global también está dejando a la luz nuevas especies hasta ahora desconocidas. Una expedición oceanográfica de alemanes accedió a zonas intactas desde hace miles de años, desprotegidas ahora por los recientes deshielos, recogió un millar de especies, casi todas nuevas, y curiosamente muchas de estas se encontraron a menos profundidad de la esperada. A finales de 2006 se clasificó un pez de 34 cm en el estrecho de Mac Murdo, en el mar de Ross, a 20 m de profundidad. El *Cryothernia amphitrete*, de un color dorado y púrpura, tenía una abertura entre los ojos, que a su vez tenía otros dos orificios.

Recientemente, en una nueva expedición del buque Tangaroa por el mar de Ross, se hallaron nuevas y grandes especies desconocidas, entre ellas moluscos, medusas

con unos tentáculos de 4 m y enormes estrellas de mar del tamaño de un plato de cocina.

Los hallazgos zoológicos siguen deparando aún muchas sorpresas. ¿Pero qué ocurre con todas aquellas misteriosas criaturas de las que hay cientos de informes pero que la ciencia se niega a dar como reales? Ahí es donde actúa la criptozoología, una disciplina o pseudo-ciencia a la que se acusa de aprovecharse de los descubrimientos de la zoología convencional y también de una incapacidad de demostrar los suyos propios, por otro lado algo lógico, ya que se le atribuyen principalmente otros seres de tinte más fantasioso y legendario.

En los años noventa un profesor grabó unas imágenes de una extraña criatura que nadaba por la superficie del lago Van, en Turquía . Este ser ya contaba con muchos testigos desde hacía tiempo, entre ellos un gobernador provincial que lo describió «como un monstruo de color negro y con protuberancias triangulares en el lomo, parecido a un dinosaurio». Un barquero, Mugdat Auci, que dijo haberlo visto en el 2005 comunicó: «La criatura posó su cabeza sobre mi embarcación, estaba aterrorizado. Parecía un hipopótamo con un largo cuello de dos metros». Un año más tarde un equipo de filmación japonés capturó más imágenes del monstruo a 300 m de la costa. Fueron muy discutidas por la oscuridad y el desenfoque de la grabación. Los escépticos aseguran que una criatura de un tamaño tan grande es imposible que pueda vivir en un lago tan cerrado como el Van.

Hay que admitir que la existencia de un monstruo lacustre, aunque no imposible, parece muy difícil. Todo depende también de a qué se llame «monstruo», ya que en estos casos ello implica una relación con los antiguos





El mundo entero está repleto de lagos habitados por supuestos monstruos lacustres, como se muestra en esta imagen de 1872 del Ogopogo en Canadá.

reptiles acuáticos. Tal vez tanto en este ejemplo como en el más famoso de Nessi en Escocia, todo se deba a una serie de equivocaciones y malinterpretaciones, o que en caso de que el «monstruo» en cuestión existiera, se trate de una nueva especie de grandes proporciones no descubierta aún y de la que existen esquivos o escasos ejemplares, sin recurrir a los antiguos saurios extintos. Recordemos que hoy en día no solo se descubren nuevos tipos de insectos o peces, sino también reptiles, aves o mamíferos, o incluso especies que se creían extinguidas por el hombre hace ya años.

Desde que Bernard Heuvelmans a mediados del siglo XX estableciera el término «criptozoología» para «el estudio de los animales de cuya existencia simplemente se posee evidencia circunstancial y testimonial, o solo evidencia material considerada insuficiente por la ciencia oficial», esta ha ido tomando cada vez más seriedad entre algunos científicos. Tal es la curiosidad de estos expertos por saber qué se esconde detrás de todos estos mitos que incluso algunos han abandonado privilegiados puestos de trabajo para dedicarse por completo a la búsqueda de estos críptidos, como fuera el caso de Jordi Magraner. Hijo de un mecánico valenciano que emigró a Francia, cursó allí sus estudios como zoólogo para posteriormente ingresar en el Museo de Ciencias Naturales de París. Pero todo aquello se le quedaba pequeño, y en 1993 decidió abandonar su puesto en el museo para dedicarse íntegramente a la búsqueda del *Barmanu*, el Yeti de Pakistán. Tras casi una década de investigaciones en las que pasaría penurias, Jordi había conseguido adaptarse al modo de vida tradicional de Krakal, un recóndito pueblecito rodeado de grandes montañas. Se

había convertido para los aldeanos en una especie de enviado divino del cielo que se ocupó de la enseñanza de los niños y de que las costumbres tradicionales no se perdieran. Pero lamentablemente en agosto de 2002 su cuerpo fue encontrado degollado junto al de su pequeño ayudante de trece años en el despacho de su casa a las afueras de Krakal. La catástrofe de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York significaría el comienzo de una guerra en la fronteriza Afganistán, lo que creó entre los musulmanes una gran repulsa hacia todo lo occidental. Aunque su familia y la Embajada Española en Pakistán le intentaron convencer de que abandonara el país, Jordi se negó rotundamente, elección que desafortunadamente le costaría la vida. Desde estas humildes líneas, un más que sincero pésame a este extraordinario aventurero.

Tal vez el ímpetu de Jordi Magraner no haya sido en vano y algún día sus estudios den su fruto. La posibilidad de encontrar una nueva especie de homínido no es imposible, como veremos más adelante. Casos más extraordinarios se han dado.

En el desierto del Sahara en Mauritania, se calcula que una treintena de cocodrilos de la misma especie que los del Nilo (*Crocodylus niloticus*) permanecen aislados en una charca de unos 100 m² desde hace unos nueve mil años. Su alimentación se basa en peces, logrando ayunar a lo largo de meses si es necesario. El lugar mantiene una equilibrada cadena trófica, y para mayor sorpresa no atacan al ganado que se acerca a beber al lugar, por lo que a cambio nunca han sido molestados por los ganaderos. Sin duda un espectacular caso de adaptación y supervivencia, donde el río más cercano





Livingstone en sus viajes por África pudo contemplar algunas cacerías de chimpancés y dar fe de su ferocidad.

está a unos 200 km, pero que, lamentablemente, su suerte parece estar echada.

¿Y qué me dicen de un insecto que tiene una fase larvaria de diecisiete años? Si hay un caso espectacular en el mundo de la entomología ese es el de las cigarras periódicas. La *Magicicada septendecim* es el insecto con el ciclo vital más largo que se conoce. Tras diecisiete años de espera emerge del suelo, completa la metamorfosis, se aparea, pone los huevos y muere. Otra especie, la *Magicicada tredecim* lo hace cada trece años. Estas dos cigarras viven en el este de los Estados Unidos y durante la larga fase larvaria se alimenta de la savia de las raíces de los árboles. Su metamorfosis es similar al de otras cigarras, sale de la tierra una ninfa sin alas que trepa a los árboles, donde se transforma en crisálida. Luego se deshace de esta, seca sus alas y se prepara para buscar pareja y aparearse.

Pero hay otro misterio sumado que se asocia a los números primos. Se cree que la cigarra intenta evitar los ciclos vitales de un parásito. Si por ejemplo el parásito tiene un ciclo vital de cuatro años, la cigarra evitará un ciclo divisible por 4, y como ni los números 13 y 17 son divisibles por otros números, salvo por sí mismos y la unidad, la cigarra ha logrado evolucionar con un ciclo vital largo con una escasa posibilidad de coincidencia.

En una mina de oro cerca de Johannesburgo, Sudáfrica, hizo su aparición el *Desulforudis audaxviator*, el único ser vivo del que se tenga constancia que no necesita el oxígeno para poder vivir. Esta bacteria se sirve del hidrógeno y sulfatos para sus funciones básicas. Fue hallada a 2 800 m bajo tierra, donde se alcanzan temperaturas de 60° C, cuando se muestreó ADN del agua de



Magicicada septendecim. Imagen: USDA.

las profundidades. Ahora los científicos, entre ellos el doctor Dylan Chivian, creen encontrar aquí la explicación a los inicios de la vida en la tierra, así como la esperanza de encontrar otros seres vivos fuera de la tierra que, como en este caso, no necesiten de oxígeno para poder vivir. Su nombre se basó en una frase en latín de la famosa novela de Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*: «*Descende, audax viator, et terrestre centrum attinges*», que significa ‘desciende valiente viajero y conseguirás llegar al centro de la Tierra’.

La gran cantidad de sorpresas que alberga el reino animal no parece tener límites. Este libro es una mirada personal y una recopilación de todos aquellos temas zoológicos, criptozoológicos y paleontológicos que más sensación me han causado a lo largo de mi vida como aficionado al mundo animal, un mundo por desgracia a menudo menospreciado e ignorado, pero que sin duda alberga miles de misterios y maravillas, sin contar los que aún quedan por descubrir.

DEL MAR
Y SUS PROFUNDIDADES

Nos habíamos convertido en plancton. Me imaginé que permaneceríamos suspendidos entre dos aguas una infinidad de tiempo, mientras el Holandés Errante seguiría navegando por la superficie de los mares. El color azul-verdoso del exterior se volvió frío y enemistoso. Hicimos lo que pudimos para darnos a entender con señales del reflector, pero una parte de mi cerebro seguía trabajando con normalidad y pudo contar veinticuatro medusas que pasaron nadando por delante de nosotros.

Estas fueron la palabras de William Beebe el 6 de junio de 1930 cuando descendió junto a su colega Otis Barton en la batisfera a 240 m en las aguas de Bermuda. Por primera vez el hombre se adentraba en las profundidades oceánicas. En septiembre de 1932, después de repetidas inmersiones, la batisfera alcanzó casi 700 m y Beebe comentó: «De aquí para abajo desde hace dos mil millones de años no ha existido ni día ni noche, ni verano ni invierno, nada que diera una medida del curso del tiempo, antes que nosotros lo hiciéramos ahora». En uno de sus viajes al abismo Beebe contempló una

serpiente de 6 m de largo muy ancha, con unos afilados dientes. Por ahora él es la única persona que ha podido ver semejante animal. Ya en 1949, Barton sobrepasaría los 1370 m.

La mayor hazaña en inmersiones llegaría en enero de 1960. Jacques Piccard y Don Walsh consiguieron descender en el batiscafo Trieste hasta el mismísimo suelo de la fosa de las Marianas, la mayor profundidad abisal con más de 11 km, situada en el Pacífico Occidental. Piccard divisó en el fondo arenoso lo que describió como un pequeño pez plano de unos 30 cm de longitud. Cuarenta y cinco años después una expedición japonesa dirigida por Yuko Todo volvió a encontrar vida en las profundidades de la fosa. Eran organismos vivos unicelulares, una forma de plancton hasta entonces desconocida, y calcularon que dichos seres podrían haberse formado hace seis millones de años. El problema en este lugar radica en la ausencia de luz y sobre todo en la enorme presión, mil veces mayor que en la superficie de la Tierra. Sin embargo, incluso el lugar más profundo de los océanos contiene vida.

Si partimos de la popular frase que nos dice: «Se conoce más del universo que de los fondos marinos», ¿qué increíbles criaturas nos aguardan en los oscuros abismos? Descubrir las profundidades y sus habitantes ha sido desde siempre un sueño para la ciencia. Desde que en 1844 el zoólogo Henri Milne Edwards caminara con su escafandra más de media hora por el fondo del mar, poco se ha descubierto todavía, considerando la grandiosidad de los océanos y su hostilidad, pues la enorme presión a mayor profundidad sigue siendo una enorme barrera. A pesar de todo, se

han conseguido hacer exploraciones en las que se ha obtenido mucha información y filmaciones de extrañas y nuevas criaturas.

En los años noventa el equipo del famoso explorador e investigador Jacques Cousteau sumergió una jaula anti tiburones cebada con carne de camello para filmar tiburones, en un lugar de la costa africana cercana al mar Rojo. Supuestamente hubo una filmación en la que la jaula era brutalmente atacada por una gran criatura desconocida. La grabación nunca se hizo pública, al alegar el francés que «la humanidad no estaba preparada para ver lo que había allí abajo». Hay quien duda de lo ocurrido y de si existe realmente la filmación, como si todo fuera un montaje para crear gran misterio al asunto. Cousteau también realizó, a finales de los setenta, una exploración de los fondos del lago Tahoe (California), curiosamente el hogar del monstruo Tessie. Sobra decir que era un apasionado de las misteriosas criaturas que los lagos y mares podían albergar.

En la bahía de Suruga una expedición japonesa colocó un gran cebo a unos 1500 m de profundidad, lo que no tardó en atraer a numerosos escualos. De repente, una enorme masa apareció cerca de la carroña dejando atónitos a los nipones y al mundo entero. Ni siquiera se logró filmar al animal en su totalidad debido a su enorme volumen. Las teorías para identificar a tal espécimen van desde el cachalote, pasando por el *Architeuthis*, hasta el legendario *Megalodon*. Aunque la más plausible puede estar en el tiburón durmiente (*Somniosus pacificus*) debido a su gran voracidad y lento movimiento, no sin grandes dudas, pues la criatura parece superar los 7 m que suele alcanzar el *Somniosus pacificus*.



William Beebe en la batisfera.
Foto: NOAA Ocean Explorer.

Recientemente científicos japoneses y británicos filmaron en la fosa del Japón a una profundidad de 7703 m, donde no se esperaba encontrar nada, un grupo de diecisiete peces *Pseudoliparis amblystomopsis*, que nunca habían sido vistos con vida, mediante sumergibles resistentes a la enorme presión. Solo se sabía que estos «peces caracol» de 30 cm vivían únicamente a más de 6000 m de profundidad. En 1970 se capturó un ejemplar de *Abysobrotula galathea* a 8000 m en una profunda zona de Puerto Rico que llegó muerto a la superficie. Era el mayor récord registrado de supervivencia a gran profundidad.

Gracias a las capturas de pescadores de todo el mundo, de casualidad en trabajos relacionados con el mar o intencionadamente por los científicos, continuamente se recogen y catalogan nuevas especies abisales, que se traen a la superficie para su posterior estudio.

En 1923 unos pescadores atraparon un extraño animal de unos 6 m de largo y 1200 kg de peso en el pueblo italiano de Camogli, animal que tenía una extraña boca y una protuberancia en la cabeza. El desconocido espécimen pudo ser una nueva y extraña especie, o bien un escualo o cetáceo con malformaciones. La prensa de la época lo apodó como el «rinoceronte marino».

Pero dos décadas antes aparecería otro extraño ser, el primer ejemplar de tiburón duende (*Mitsukurina owstoni*), concretamente alrededor del año 1900. El también llamado *Tenguzame* por los japoneses parecía ser la respuesta a todos aquellos avistamientos de monstruos marinos a lo largo de siglos, pues su morfología no era nada habitual entre las especies hasta entonces conocidas al presentar un prolongado morro repleto de elec-



Extraño animal encontrado en Camogli, Italia, en 1923.

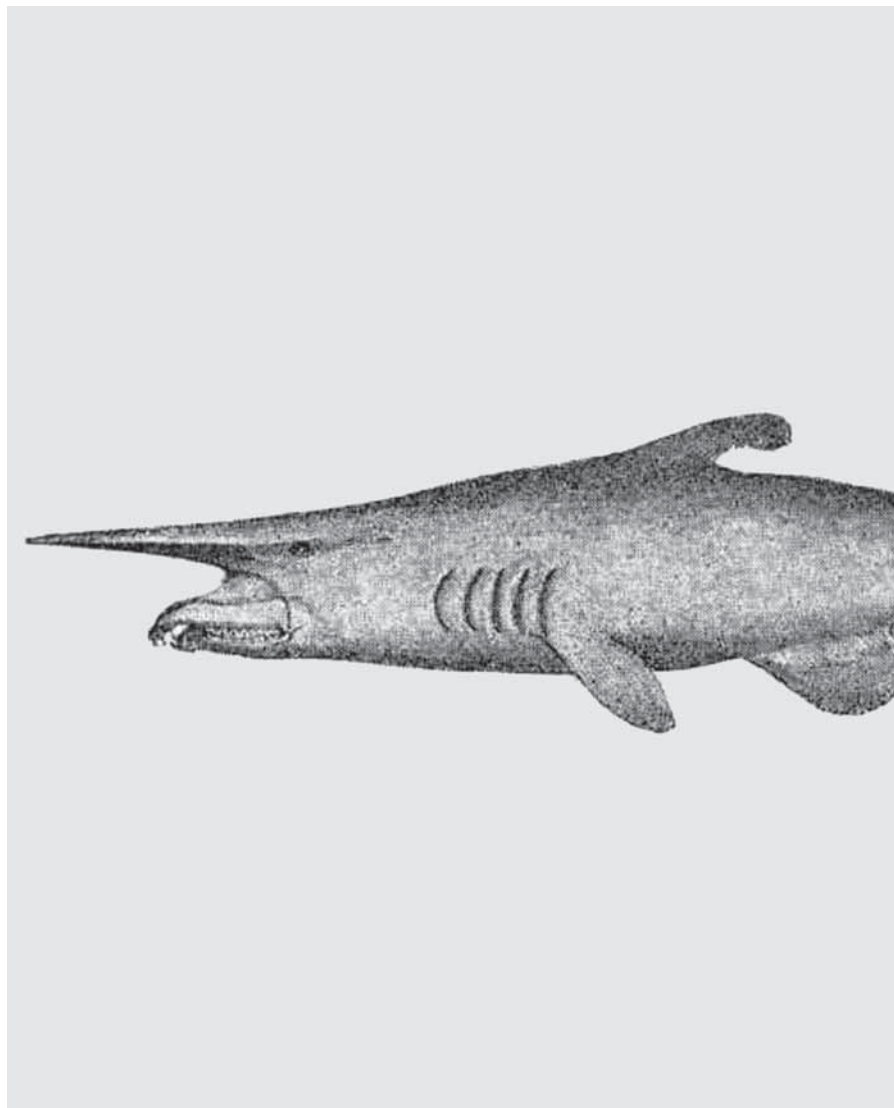
trorreceptores que sobresalían de su hocico y una boca extensible que se movía hacia delante al abrirla. El primer ejemplar capturado, de un color rosa grisáceo, medía 1,5 m. Único representante vivo de la familia *Mitsukurinidae*, este tiburón puede alcanzar una longitud de 3,5 m, encontrándose a una profundidad de 1200 m, principalmente en Sudáfrica, Portugal y Japón. En este último país es donde mayor número de ejemplares se han pescado. El 25 de enero de 2007, unos pescadores capturaron en sus redes un ejemplar de 1,5 m de largo, a una profundidad de entre 150 y 200 m. Un equipo del Tokyo Sea Life Park que se encontraba a bordo del barco lo trasladó a un acuario donde, tras ser expuesto al público, murió al poco tiempo.

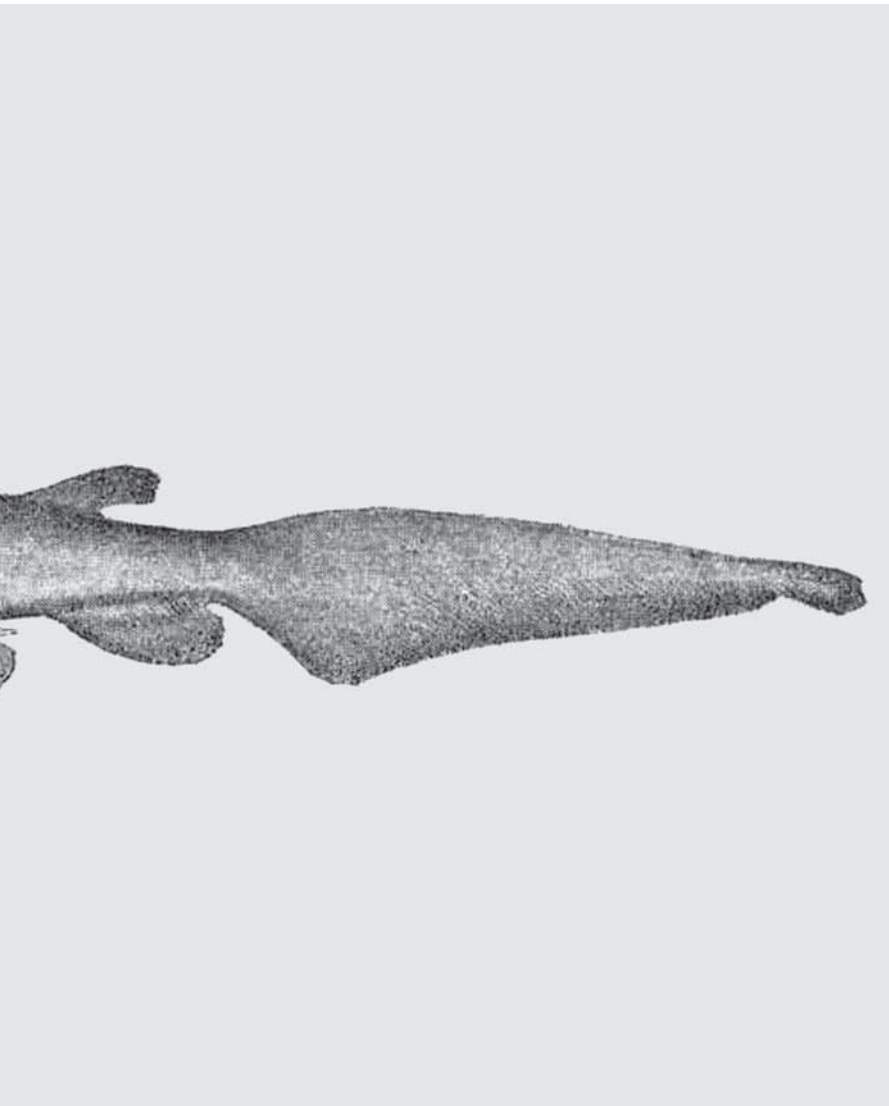
Una de las más grandes especies de tiburón la encontramos en el océano Glacial Ártico. El tiburón boreal o de Groenlandia (*Somniosus microcephalus*) vive a una profundidad de 2500 m, donde se cree que comparte una simbiosis con un parásito que le causa una ceguera

parcial. Este copépodo, a cambio de alimentarse de partes del ojo, emite una bioluminiscencia que atrae presas para el escualo. Esto explicaría los restos de calamares en su estómago, que suelen ser animales muy rápidos, aunque el tiburón boreal principalmente suele ser carroñero, para lo que ha desarrollado un olfato muy sensible. Curiosamente en su estómago también se han hallado restos de caribúes, caballos y osos polares.

Aunque su carne es venenosa, en Islandia y Groenlandia es muy apreciada, teniéndose que preparar mediante un prolongado y elaborado tratamiento a lo largo de meses. El pueblo inuit de Groenlandia, que lo llama *Skalugsuak*, es buen conocedor de este tiburón y lo pesca desde antaño, utilizando su carne para alimentar a sus perros. Es muy poco lo que se sabe de él, y los científicos creen que alcanza los doscientos años de vida. En 2006 el pesquero gallego Coral atrapó un tiburón boreal en sus redes con una longitud de 3'30 m y un peso de 300 kg. Podría considerarse algo inusual por la lejanía del hábitat principal, pero otros ejemplares también han sido hallados en zona antártica.

De mucho menor tamaño, unos 50 cm, pero increíblemente voraz es el tiburón cigarro (*Isistius brasiliensis*), que se aferra a sus presas parasitariamente hasta arrancarles trozos de carne perfectamente circulares. Vive a una profundidad de 3500 m, pero sube a la superficie al anochecer para alimentarse, y lo más curioso es que al morir emite un brillo por la boca durante al menos tres horas. Son ovovivíparos, por lo que dan a luz crías vivas. También se le llama «pez taladro» pues los pescadores, antes de ser aceptado por los científicos como real, comentaban que taladraba a sus presas de un



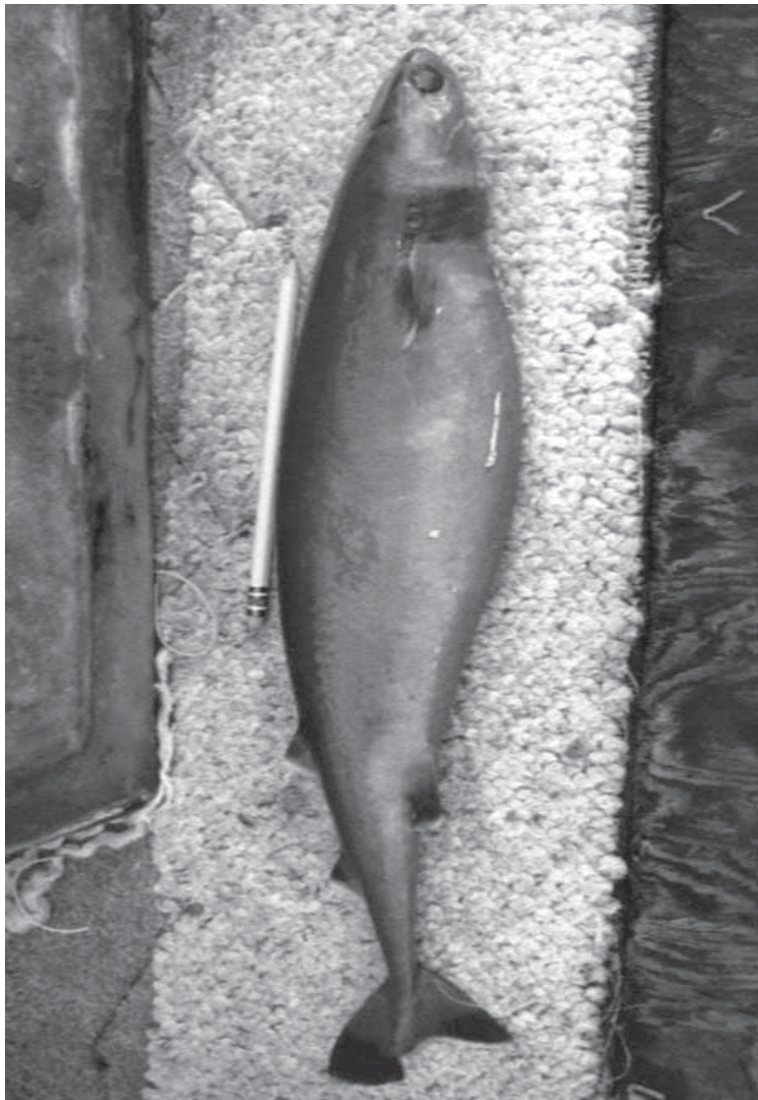


Tenguzame o *Mitsukurina owstoni*.

lado a otro. Se tiene constancia de que su mordedura ha aparecido en submarinos nucleares, pero no hay noticias de que haya atacado al hombre.

A 2228 m de profundidad al sur de la isla de Pascua, un equipo de científicos del Instituto de Investigación del Acuario de la Bahía de Monterrey en California encontró en 2006 una especie de langosta recubierta de un sedoso pelaje. Se creó una nueva familia para clasificarla: *Kiwada*, en honor a Kiwa, la diosa de los crustáceos en la mitología polinesia. La *Kiwa hirsuta* es totalmente blanca, con 15 cm de largo y podría vivir alrededor de los respiraderos hidrotérmicos en las profundidades del Pacífico, que expulsan fluidos tóxicos para la mayoría de los animales. Es omnívora, y se la vio luchando con otras dos langostas por un trozo de camarón, así que se alimenta también de bacterias. Es ciega, quedándole una membrana como único vestigio de los ojos. Desde el siglo XIX no se hacía una descripción para una nueva familia de este grupo de animales. Los estudios genéticos de la apodada «langosta yeti» la emparentan con los *Galateidos*, aunque morfológicamente se parece a los *Aeglidos*, cuyos representantes actuales se encuentran en ríos y lagos de Sudamérica.

En el verano de 2007 las noticias de prensa difundían el hallazgo de dos extrañas especies marinas, aspiradas por una tubería del Laboratorio de Energía Natural de la Autoridad de Hawai (NELHA) en Kailua-Kona, donde el agua es extraída a 3000 m de profundidad hacia la superficie. La primera la llamaron *Octosquid* por parecer una mezcla entre un pulpo y un calamar (*Octosquid* = ‘calapulpo’). El cefalópodo, que fue aspirado desde 914 m, medía 30 cm y tenía el cuerpo de un



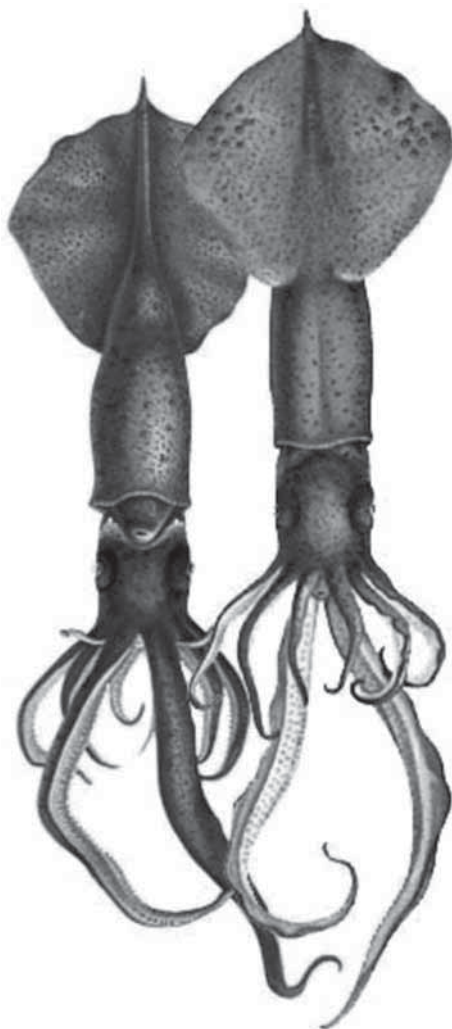
Isistius brasiliensis. Foto: NOAA.

calamar pero con ocho tentáculos como el pulpo. Dos o tres días después de que muriese, el director del laboratorio, Jan War, se dio cuenta de que le faltaban dos tentáculos, perdidos seguramente en la extracción, que le darían más parecido a un calamar. Al parecer, el animal ya estaba identificado en el género *Mastigoteuthis*, una especie de calamar muy antigua. La otra criatura era un pequeño tiburón de unos 30 cm, con un cuerpo translúcido, los ojos verdes y una cabeza plana, así que lo catalogaron dentro de los tiburones gato. Anteriormente la tubería ya había obtenido algunas sorpresas, como un pez con cuerpo de anguila que podría pertenecer a un nuevo género.

En marzo de ese mismo año se capturó en el mar de Bering una gran hembra de *shortraker rockfish* (*Sebastes borealis*) que medía 112 cm y pesaba 27 kg; pero lo más sorprendente era su edad, entre noventa y ciento quince años, y el conservar en perfecto estado su sistema reproductor, que albergaba embriones en pleno desarrollo. La edad se calculó gracias a los anillos de crecimiento de los huesos de los oídos, teniendo el récord de esta especie un ejemplar de 157 años.

En aguas tropicales del océano Pacífico oriental, pruebas de ADN descubrieron una nueva especie de mero de casi 2 m de largo y casi 500 kg. El nuevo mero, llamado Goliath o *Epinephelus quinquefasciatus*, era confundido con otra especie similar del Atlántico, el *Epinephelus itajara*.

Y los descubrimientos no cesan. Cuando investigadores alemanes de la vida marina acudían a cultivar almejas de gran tamaño, se toparon con una nueva especie gigante de aguas poco profundas, la *Tridacna costata*,



Finalmente, el cefalópodo encontrado en los laboratorios hawaianos pertenecía al género *Mastigoteuthis*.

de 30 cm de longitud. Se halló en el mar Rojo, y hace unos cien mil años suponía el 80% de las almejas de la zona, frente al 1% en la actualidad. En esa época el hombre ya se abastecía de las fuentes de alimentos que producía el mar y, con ello, comenzaría su sobreexplotación.

En la fantástica serie de la BBC *Planeta azul*, se comete un error al asegurar que el anfípodo *pram* o *Phronima sedentaria* (*phronima* spp.), un crustáceo de 25 mm que habita en las grandes profundidades oceánicas, sirvió de inspiración a la criatura de la película *Alien: el octavo pasajero* de Ridley Scott. Según el director británico el diseño del monstruo corrió a cargo del suizo H. R. Giger, que se basó en una litografía suya llamada *Necronom IV*. No obstante, el parecido no deja de ser increíblemente. Pero la naturaleza es caprichosa. Peter Wainwright y Rita Mehta, de la Universidad de California en Davis, hallaron una morena que lanzaba unas mandíbulas internas hacia fuera, aparte de las normales externas de este tipo de peces, para poder sujetar mejor a sus presas, muy similar a como lo hace la criatura de la película.

Aquí en España, a unas 10 millas frente a las costas de Almería en 2007, ecologistas descubrieron una esponja carnívora en una montaña submarina que solo se había localizado en cuevas submarinas de Croacia y Francia. También en años recientes se descubrió un gusano muy huidizo de más de 0,5 m de largo frente a las costas catalanas. El encargado de su estudio es Daniel Martín, director del Centro de Estudios Adelantados de Blanes.

En otras ocasiones no se ha tenido siquiera que introducirse en el mar para observar extraños animales.

Desde hace siglos se han encontrado cadáveres que el océano se encargaba de arrojar sobre las costas de todo el mundo. La mayoría de las veces estos «monstruos marinos» no han sido más que cetáceos en descomposición que ofrecían una imagen más monstruosa de la real, aunque muchas otras correspondían a criaturas verdaderamente extrañas y desconocidas.

Tasmania ha sido uno de los lugares donde más *globsters* han aparecido. En 1960 una especie de vaina apareció en una playa, sin rastros de órganos externos, solo con un orificio. Después de varias investigaciones se llegó a la conclusión de que era una ballena. Pero en fechas venideras aparecieron otros dos extraños cadáveres que no llegaron a ser identificados. El primero tenía unos 5 m de largo y 4 t de peso. El segundo llegaría tres años después a una playa de Newfoundland, con una longitud de 7 m y 6 de ancho, estando cubierto de fino cabello, sin cabeza ni aletas.

En febrero de 1968 en una playa italiana, se encontró un esqueleto de siete metros y un cráneo similar al de un pato. Curiosamente un pescador confesó un tiempo antes haber visto un animal similar sobre las mismas aguas.

En mayo de 1996 al norte de la isla de Langkawi en Malasia, fue encontrado un esqueleto de unos 8 m al que apodaron «dragón de Malasia». Ante el temor de lo que habían encontrado los supersticiosos tripulantes del barco quisieron arrojarlo al mar de nuevo, pero finalmente lo conservaron. Según el criptozoólogo Karl Shuker, poseía dientes y vértebras de mamíferos, pero la cabeza correspondía a un reptil; descartó también la posibilidad de que se tratara de una ballena, pues no





Globster o cadáver animal sin identificar aparecido en Tarifa en marzo de 2009.

había visto ningún cetáceo que tuviera una boca tan alargada. Muchos medios empezaron a especular que se trataba del cadáver de un dinosaurio de épocas muy recientes hasta que, finalmente, el Dr. Mohammed Azmi Ambak determinaría que pertenecía a una orca.

Tres años después, en el verano de 1999, aparecieron en las playas de Kuwait unos extraños restos de un animal desconocido al que apodaron «monstruo de Fintas o de Kuwait». El descubridor, Mohammad Al Obaid, congeló el material compuesto de un cráneo con una mandíbula sin dientes, una columna vertebral y varios huesos. Después se lo llevó al biólogo de la Universidad de Kuwait, Manaf Behbahan, que descartó que fuera un mamífero marino y abrió la posibilidad de que se tratara de una especie de raya desconocida.

En fechas recientes, otro cadáver en descomposición de unos 7 m fue encontrado por unos pescadores en una isla rusa, el cual, con un color grisáceo, parecía estar recubierto de vello por todo el cuerpo. Como ocurriera con el monstruo Zuiyo Maru en 1977, lo achacaron a un animal marino corriente, en este caso una beluga, que debido a su estado descompuesto y a la forma del cráneo se asemejaba a algunos reptiles marinos de épocas pasadas. Una posterior investigación del biólogo Gustavo Sánchez aclaró y presentó algunas dudas. Lo que parecía vello era en realidad algas marinas adheridas al cadáver. La opción para identificar la criatura que más se acerca es la de la beluga pero, con extrañas anomalías en las cuencas de los ojos y grandes aberturas nasales que se ubican muy atrás, es un cráneo más ancho y corto que el del cetáceo.

Unos restos similares aparecieron en una playa de Zahara de los Atunes, Cádiz, en agosto de 2002. Según

los cálculos de su descubridor, Sergio Pérez, el cráneo tendría unos 50 cm de largo y la cuenca ocular entre 15 y 17 cm de diámetro, cráneo al que realizó unas fotos con el móvil. Tras recibir tales imágenes de Sergio, los investigadores David Heylen y Gustavo Sánchez se pusieron manos a la obra para su identificación, enviando las fotos a varios expertos de todo el mundo. El biólogo norteamericano George R. Zug, experto en anfibios y reptiles, fue el primer sorprendido ante las imágenes y declaró que no parecían de un mamífero pues tenía significativas diferencias, aunque sin el cadáver delante era difícil de certificar. Sin embargo, el Dr. Mike Everhart, especialista en reptiles marinos prehistóricos, pese a su semejanza a la de un reptil marino, opinaba que sí pertenecía a la de un mamífero. Estaba claro que sin los restos delante era difícil su identificación.

La lista de estas misteriosas criaturas marinas bien podría ser interminable. No podemos saber qué tipo de fantásticos seres nos aguarda en esos majestuosos e interminables océanos, pero sí es seguro que, para nuestra sorpresa, el mar seguirá mostrándonos a sus habitantes, ya sea expulsándolos a tierra firme o en futuras exploraciones de los abismos.

